

todas las zonas, en todos los tiempos y en todas las gradaciones y esferas de la vida. Distrae el primero haciendo reír, el segundo lleva la melancolía al ánimo y pone lágrimas en los ojos. Si el uno es un majadero, el otro es la voluntad humana luchando impertérrita por la posesión de lo ideal, es la cifra de la más sublime abnegación, tropezando á cada paso con los obstáculos del realismo y de las sociales conveniencias.

Un juez más alto que todos los criterios individuales, el del tiempo, ha fallado esta ruidosa contienda. Pensó Avellaneda que su libro sería un obstáculo á la prosperidad del de Cervantes. ¡Qué engaño! Vivió casi desapercibida la obra anónima; la de Cervantes imprimióse en Madrid en 1615, en 1616 en Valencia y en Bruselas; en 1617 en Barcelona y Lisboa, y unida después á la primera parte fué reimpresa antes de terminar el siglo xvii hasta ocho veces. No se ha conocido libro que obtenga un éxito semejante, ni se ha visto nunca triunfo literario tan sólido, tan acatado y tan legítimo.

Bien pudo el olvidado autor morir tranquilo y satisfecho cuando de su novela escribía una pluma competente, viviendo él, «que era digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nación y admiración y envidia de las estrañas.»

VII.

ÉXITO DEL «QUIJOTE.»—LOS ÉMULOS.—LA DESVENTURA DE CERVANTES.

Juan de la Cuesta, tipógrafo madrileño, sacó á luz en 1605 la primera parte de las aventuras de D. Quijote, hallándose á la sazón en Valladolid, donde la corte residía, su autor Miguel de Cervantes Saavedra. Recibióse la obra con aplauso, vendiéronse sus ejemplares en pocos días, y su crédito hubo de dilatarse con tan no conocida rapidez, que en el mismo año y por el propio impresor se dió á la estampa de nuevo, mientras se reimprimia simultáneamente en Valencia, Lisboa, Pamplona y Barcelona. No registraban los anales

bibliográficos un acontecimiento semejante, llegando el caso de que pocos años después un criterio, mucho menos que entusiasta de Cervantes, dijera sin empacho que en plazas, templos, calles, hornos, tabernas y caballerizas, no se hablaba de otra cosa que no fuera del héroe manchego cuyo fama llenaba el mundo.

Pero si es cierto que el Quijote verdadero se había granjeado tanto renombre en tan corto plazo; si es evidente que la figura del andante caballero se trocaba de tipo puramente literario en personaje popular de todos conocido; si es, por último, incontestable que dentro y fuera de España se prodigaron singulares alabanzas al ingenio que lo engendró en la oficina de su privilegiado entendimiento, fuerza es reconocer también que literatos de reconocida autoridad declaráronse muy luego sus enemigos y detractores. Aun se conservaba inédito, y ya Lope de Vega, en una carta—resumen de sus juicios—afirmó que no había poeta tan necio que lo alabara. Salía al público en 1605, según dijimos al principio y en el mismo año Góngora escribía un soneto, donde vituperando las fiestas reales de Valladolid con ocasión del natalicio del heredero de Felipe III, dejaba ver la malquerencia con que miraba á Cervantes y á su obra. Aun residía nuestro ingenio en la corte, y no había terminado el dicho año, cuando hubo de recibir por el correo otro soneto, malo, desmayado, sin garbo ni agu-

deza alguna, diciendo mal del Quijote. Villegas, discípulo del menor de los Arjensolas, escribía por su parte lo siguiente:

Irás del Elicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes
Donde no le valdrá ser quijotista.

Atribúyese á Lope de Vega otra composición que revela claramente la inquina con que miraba á su rival. Parece que no bien se hubo publicado la «Arcadia,» en cuya portada puso el Fénix de los ingenios un escudo de armas con multitud de torres, cuando Góngora hizo circular anónimo este soneto:

Por vida, Lopillo, que me borres
Las diez y nueve torres de tu escudo;
Porque aunque tienes mucho viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres

.....
No le dejes en el Blason almena
Vuelva á su oficio, y el Rocin alado,
En el teatro sáquenle los reznos;
No fabrique mas torres sobre arena;
Si no es que ya segunda vez casado
Nos convierta las torres en torreznos.

Encerraban estos últimos versos una cruelísima alusión. Había contraído matrimonio Lope de Vega, en segundas nupcias, con Juana Guardio, hija de un vecino de Madrid, tratante en carnes. Zahríanse, pues, en la anterior poesía no solo sus humos aristocráticos, sino que también con la palabra torreznos hacía referencia al origen

de su mujer, sacándola por tal manera á la vergüenza.

No conoció Lope por el pronto la pluma que habia trazado aquella sátira; pero la enemistad que de Cervantes le separaba hubo de aconsejarle, y el haber hecho este alguna alusion á sus pretensiones nobiliarias en los versos de Urganda, llevóle á imaginar que él era quien tan mordazmente le perseguía. Hé aquí los versos que escribió en su desagravio:

Yo no sé de la, de lí, ni lé,
Ni sé si eres Cervantes co, ni cu;
Solo digo que es Lope Apolo, y tu
Frison de su carroza y puerco en pu:
Para que no escribieses órden fué
Del cielo, que mancases en Corfu:
Hablaste buey, pero digiste mu:
O mala quijotada que te dé!
Honra á Lope, potrilla, ó guay de tí!
Que es sol, y si se enoja lloverá.
Y ese tú D. Quijote baladí
De c... en c... por el mundo irá
Vendiendo especias y azafran romí,
Y al fin en muladares parará.

Puede explicar el sexto verso el efecto que un día causó en Cervantes lo que Avellaneda dijo acerca de su manquedad.

Esta indigna proposicion de Lope, que despedido tiraba á herir á Cervantes donde el golpe hubiera de causarle mas dolor, influyó de seguro para que este echara á mala parte las palabras

del incógnito de Tordesillas, creyendo descubrir la intencion con que le daba en rostro con su manquedad.

Tambien atacaba Suarez de Figueroa en el «Pasajero» á la inmortal epopeya, pareciéndole abultado y hueco el título de Ingenioso hidalgo y lo propio hacian el Padre Félix Hortensio Paravicino, Vicente Espinel y los demás literatos de la trinca de Lope.

Tenemos por indudable que la novela sentó mal á los hombres de letras, que halló no poca repugnancia en ciertas clases de la sociedad y en determinadas notabilidades. Desde luego acogieronla un tanto foscos y severos los que pasaban y se tenían por doctos. Juan Gallo de Andrada, secretario de cámara del Rey y persona influyente, en las advertencias que puso al catálogo de los autores que se nombran en los «Proverbios morales,» del Maestro Bartolomé Jimenez Paton,—impresos en Baeza en 1615,—defiende la costumbre de colocar semejantes catálogos en los libros, y de camino llama momo y murmurador á Cervantes, ó lo que es lo mismo, maldiciente y mofante.

Un sacerdote cordobés, Valladares de Valdelomar, escribió en 1617 las aventuras del «Caballero Venturoso,» novela religiosa encaminada á deterrar la lectura de las pastoriles, caballerescas y picarescas: dirige contra todas fuertes vituperios sin perdonar al «Quijote,» compuesto, segun su

sentir, de ridículas y disparatadas fugas, «que mayor la deja en los ánimos de los que leen con el perdimiento de tiempo.» (50)

Hasta el mismo Lope, en la dedicatoria de la comedia intitulada «El Desconfiado,» hubo de zaherir á Cervantes defendiendo los libros de Caballerías y diciendo que los que de ellos se reían no llegaron á entenderlos, pues se atuvieron á la exterior superficie cuando en los corazones se hallaban las partes de la filosofía, es á saber: natural, racional y moral. Descansaba Cervantes en el olvido de su sepulcro y Lope, si por un lado parecía alabarle, por el otro continuaba en herir su reputacion. En su comedia «Amar sin saber á quien» se lee este verso:

Don Quijote de la Mancha
(Perdone Dios á Cervantes)
Fué de los extravagantes
Que la coronica ensancha.

Crecia, á pesar de estas críticas y de otras que pasamos por alto, la fama del libro, y las figuras del asendereado hidalgo y de su sandio escudero pasaban al dominio de la muchedumbre. Segun nuestro amigo Asensio, de Sevilla, el señor Gallangos gozó en la biblioteca del Museo Británico un códice, donde, refiriéndose á sucesos de Valladolid ocurridos en 1605, dice su autor Baltasar Diaz: «Estando en este paso, me veo llamar para que fuese á ver la mas notable figura que se podía imaginar. Fué el caso que pasando un Don

Quijote, vestido de verde, mais desmajelado é alto de corpo, vió unas mugeres al pié de un álamo, etc.» Algunos años mas adelante el buen caballero habíase trasformado en un tipo cuyo carácter se alcanzaba al vulgo. Amo y escudero figuran en una mascarada que se celebró en Zaragoza en 1614; en 1618 verificanse en Utrera unas fiestas con loor de la Concepcion de la Virgen; tambien hubo máscaras, presentándose Don Quijote y Sancho acompañados de los elementos, planetas y pecado original. Traia Sancho una letrilla que decia:

Por vida de Sancho Panza
Que el original pecado
Hoy ha de quedar colgado
Y hemos de tomar venganza.

Por aquella misma época circuló un papel bajo este título: «Invectiva contra el Conde Duque de Olivares bajo la persona de Don Quijote de la Mancha,» reprendiendo las intenciones del primero con el levantamiento de Portugal. No hemos podido haberlo á pesar de hallarse registrado entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional con la letra H y el número 97. Hemos visto en cambio, entre los varios que aparecieron, muerto Felipe III, con el propósito de satirizar á favoritos y ministros, alguno donde se hace referencia á la produccion del insigne literato. Cobraba fama el libro dentro y fuera de la Península; mas no redundaba esta gloria en beneficio de su autor, cuyas des-

venturas, lejos de disminuir, mirábanse en creciente aumento. ¿Tiene esto esplicacion satisfactoria? A pesar de las rivalidades que hubo de despertar, no podía ponerse en duda el éxito sorprendente de la obra quijotesca: reproducíanse sus ediciones, corrían los ejemplares de mano en mano encadenando la envidia y desmentíase el desdeñoso vituperio de los aristarcos. ¿Qué razón, causas ó accidentes hubieron de atravesarse para que tanto en lo útil como en lo moral, no recogiera Cervantes los frutos que racionalmente pensando debía producirle el feliz parto de su noble inteligencia?

No es reciente la opinion que atribuye al «Quijote» un sentido oculto que hasta ahora nadie ha descubierto. Años hace que la conjetura apareció en el campo de las letras, sosteniéndola algunos con habilidad é ingenio, y en nuestros dias un diligente erudito inglés la ha renovado tras minucioso exámen de gran copia de diplomas españoles, ingleses y venecianos; pero haya ó no una doctrina esotérica en el «Quijote,» lo que su sentido literal declara es que Cervantes, imaginándolo, y escribiéndolo, se propuso poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de Caballería, fin que aun en vida vió colmado, segun espresa al final de su segunda parte.

Aun siendo esto así, la novela cervántica, como engendro privilegiado de su talento, no habia

de quedar encerrada en los reducidos límites de una crítica literaria.

Combatiendo Cervantes la mal organizada máquina de las caballerescas leyendas, censuraba implícitamente no solo los usos y costumbres donde aquellas encajaban, sino el gusto y la afición de los que recibían solaz y contentamiento de su lectura considerando el género honesto, provechoso, meritorio y saludable á la república. Para quilatar el alcance verdadero de la sabrosa sátira, bueno es fijarse en que la literatura caballeresca, antes que engendro arbitrario y fantástico de imaginaciones acaloradas y perdidas en los antojos del mal gusto, era consecuencia legítima de doctrinas, creencias y hábitos en gran respeto tenidos, respondiendo á hechos numerosos de la vida real. Servían los poemas del que llamaríamos ciclo greco-asiático-español, el espíritu propio de aquellos siglos y á los cuadros dibujados por la fantasía correspondían los hechos hazañosos cometidos por personas calificadas y no pocas veces de autoridad y renombre. Ni acontecia con los libros de gesta lo que con las novelas pastoriles; inundaban estas la literatura sin copiar ni influir mayormente en la existencia histórica de las muchedumbres; nadie se decidía á vivir en lo intrincado de las selvas entre sátiros, driadas, pastores, zagalas y geniecillos: ni las Galateas y Amariles, Damoses y Belardos existían en otra parte que no fuera en la imaginación de los poetas; y sus obras

parécenos indudable, tenían eco en las costumbres, fomentando los galanteos é intrigas amorosas, ablandando los caracteres, relajando la severa disciplina de la moral; pero no modelaban sus argumentos en sucesos copiados de la realidad como acontecia con los poemas á que nos referimos. Aun corrian el mundo desfaciendo entuerros y amparando doncellas briosos hidalgos de robusto empuje; aun habia quien no imaginaba mas alta ocupacion que las empresas de la andante caballería. Notábase á la sazón en la Europa culta, como una recrudescencia del espíritu batallador y pendenciero de los siglos medios. (51)

Asociando el Renacimiento ideas diferentes, barajando el recio sentimiento de la personalidad, tan potente en los pueblos del Norte, con las ideas fantásticas y de aventura de la raza semítica, recibidas por medio de la restauracion greco-latina, trasformaba el feudalismo como clase, llevándolo á columbrar un ideal que no correspondia á sus antecedentes, carácter y tendencias. En su cuna, considerado con el criterio de la moderna ciencia antropológica, el feudalismo era la afirmacion rotunda de la humana dignidad, del concepto individualista, en pugna con la idea que daba por base á la sociedad y por sancion á todo derecho la omnipotencia del Estado. Salido de las selvas de la Germania era consecuente con la filiacion etnográfica de los pueblos donde hubo de manifestar-

se. Orígen los arias del mayor número de naciones europeas, habian demostrado en lo antiguo el respeto mas profundo á la autonomía humana, fijándola como fuente de toda filosofía.

Todo es individual en la cultura aria, desde la religion hasta el arte, desde la moral hasta el derecho; el concepto abstracto sociedad, no se conoce; el individuo se basta á sí mismo; la autoridad es personal, la dan los años, la esperiencia, la sabiduría, nunca es delegada ni trasmitida; el sacerdocio como clase no existe; cada familia tiene su religion privada; no hay templos; cada casa tiene su altar, y su templo es el hogar doméstico, siendo el padre el sacerdote, la mujer la sacerdotisa, la prole los ministros.

Consérvanse en los pueblos del Norte estas tradiciones con mayor fuerza que en los demás pueblos de Europa. Ni las influencias climatológicas, ni los cruzamientos de unas familias con otras, ni el progreso de la cultura, ni el trascurso mismo de los tiempos, con sus profundas mudanzas, son bastante eficaces á arrancarles los sentimientos y las ideas que heredaron de sus primitivos genitores. Dados estos antecedentes, compréndese cómo el espíritu germánico y el feudalismo, su derivacion, no aspiran á lo universal ni á lo absoluto: estendia el germano su mirada hasta su familia, hasta su tribu, hasta su burgada ó su nacion; pero ahí la detenia, no imaginando un ideal donde cupieran todos los hombres. Así se explica la histo-

ria entera del feudalismo durante la Edad media, con sus grandes errores, sus caídas y sus injusticias. Desdeña el hombre del Norte el concepto de igualdad, cuyo valor no alcanza; mas siente en toda su energía la necesidad de ser libre, y la libertad de aquella edad de hierro se la facilita el castillo, la espada, la guilda, la confraternidad, el gremio, la ciudadanía ó los fueros privilegiados. Trata el noble de potencia á potencia á sus iguales, con ellos pelea, pacta treguas y establece concordias; asóciase el burgués á sus conciudadanos y obliga al obispo, al abad, al gran elector, al duque ó al príncipe á otorgarle franquicias y confirmarle monopolios: hállase grandemente dividida la soberanía; está en proporcion directa de la propia pujanza; á mayor fortaleza mayores prerogativas; no imperan los legistas; sino los guerreros.

Al crecer el Renacimiento, latinos y germanos sienten su influencia; á la idea autonómica sobreponese la social, se ensanchan los horizontes y el derecho individualista trócase en derecho humano y cosmopolita. Nacerá un nuevo ideal que, acogido por el andante caballero habrá de trasformarlo en una idea abstracta del bien, de la justicia y del amor. Barájanse con estas nociones los pensamientos mas extraños y desbarros mas patentes, las exageraciones mas ridículas y perniciosas. Necesario era combatir doctrinas y hechos tan peligrosos, dividiendo lo transitorio y pueril de lo constante y razonable; oportuno rechazar la

institucion caballerisca en cuanto se armaba de la fuerza y tiraba á perderse en el laberinto del ridículo. Comprendió Cervantes que la manía caballerisca estaba infiltrada en la sociedad contemporánea y que en ella, pervertida, no habia de servir mas que al error, al vicio y á las estravagancias. Si el hidalgo aventurero respondia al generoso conato de amparar la virtud y la flaqueza, si se figuraba desfacer con sus leyes todo entuerto y reivindicar todo menoscabado derecho, tambien amaba con frenesí las aventuras temerarias, los combates injustificados, las controversias mas impertinentes, perjudicando en mucho á la paz pública y á las buenas costumbres. Llegaba la impertinencia caballerisca al extremo de obligar á todo transeunte, si se consideraba bien nacido, á dar de cuchilladas al incógnito contra quien pedia favor la tapada dama, y hubo de repetirse el caso, como afirma una escritora competente, de que el marido midiera su acero con un advenedizo, mientras facilitaba que la adúltera cónyuje concurriese á la amorosa cita donde le esperaba su galan. Dió la caballería tal giro á los sentimientos amorosos que, convirtiéndolos en ocasion de vergonzosas liviandades, inficionaron con su corrupcion lo mas puro del hogar doméstico y de la familia. Trasunto de este estado lastimoso son las comedias llamadas de capa y espada, donde los tipos dominantes consisten en la doncella incauta y seducida, y el libertino audaz á quien sirven